

El momento y la ternura (5)
Variaciones sobre tres cuadros de Edward Hooper

Excursion into philosophy (Hopper, 1959). Primera parte.

Interior.

Mañana.

La luz del sol ha manchado el suelo de la habitación con un rectángulo amarillento; la pared pegada a la cama con otro algo más grande y pálido; sus cuerpos, de reflejos azules. Echada sobre la colcha, **Elena**. Sentado en el borde de la cama, con los pies en la moqueta, **Eduardo**. Los dos están vestidos. Ella todavía duerme, de espaldas a él, en posición fetal, con un camisón rojo subido hasta el ombligo, sin bragas. Él tiene abiertos un libro de **Shakespeare** y dos botones de la camisa. Mira al suelo. Serio. **He conocido a personas con el mismo rictus después de perder a su madre**, un disco o su equipo de fútbol en un partido de pretemporada. En este caso, no sé a que carta quedarme. Eduardo no tiene motivos para estar así. Después de cuatro años de internamiento ha vuelto a montar en bicicleta, a sonreír, a pasear por las tardes, a no salir solo.

Es domingo.

Elena lo llamó el viernes cumpliendo la palabra dada, pero no supo qué decirle después del saludo inicial más allá de un tímido “cómo estás”, ni tampoco que responder al rutinario “bien y tú” de Eduardo, demostrando la misma inseguridad que un animal fuera de su hábitat. Cansada de que sus citas se convirtieran con el tiempo en **tristes llamadas perdidas**, Elena se prometió no volver a ocupar la posición activa en sus próximas relaciones. A decir verdad, temía que éstas no llegaran a repetirse nunca. Hay momentos en que 32 años pesan más que 32 toneladas. Ese viernes, por ejemplo. Quizá por eso a las 6 de la tarde, desnuda, con una mano en el móvil y la otra en el clítoris, Elena prefirió el disparatado plan de quedar con un paciente, antes que seguir soportando **la incertidumbre de no volver a sentirse deseada**. “Mañana a eso de las 5”, propuso él. “Vale”, contestó ella, a punto de masturbarse con la flor de la ducha.

El sábado Eduardo la recogió en la puerta del bloque, frente a una parada de autobús. Fueron a tomar un café al Phillies. Al cine a ver la última de **Lars von Trier**. A cenar a un italiano. A un hostel. A la cama juntos. Hicieron el amor con las manos y las bocas abiertas. El primero fue tan efímero que decidieron hacer justicia y guardarlo en la memoria para siempre. El segundo fue estúpido por innecesario. En ese tipo de relaciones paraprofesionales, siempre hay un momento en que los amantes se agradecen lo que cada uno ha hecho por el otro hasta rozar la impertinencia, es decir, hasta el punto de confesar lo que opinan de su pareja. Para no caer en la vulgaridad, Eduardo optó por el *coitus interruptus* y la calló con una mordedura en el cuello. Los dos aceptaron la estrategia del retraso. Mejor, de la ignorancia. **Amarse como ignorantes es un placer**. Amarse conociéndose demasiado, casi como hermanos, un

purgatorio que suele terminar a lo filme americano: con un final previsible que no convence a nadie. Por eso limitaron sus confidencias a lo estrictamente necesario.

—¿Estás casado?

—Divorciado. ¿Y tú?

—No.

La inercia los empujó a no hablar en los siguientes 90 interminables minutos de locura compartida. Durante estos trances de bestialismo hipnótico me gusta evocar sentimientos conocidos. No me refiero a los del repertorio oficial que manejan los periodistas del papel couché. No. Me refiero a sabores de otras lenguas, a los calambres de otras piernas, a los cadáveres sentimentales que dejé atrás de mala manera, unas veces por el afán desmesurado de posesión, otras por el hartazgo de la rutina, siempre por mi negligencia y cobardía. Lo hago a modo de mnemotécnico con la esperanza de **no caer en los mismos errores** y de camino comparar atributos femeninos. A Eduardo no le hizo falta recordar paladares ajenos para darse cuenta de que con Elena el contexto era otro. Franqueó su boca sin tropezar. Sus piernas. Su laringe. Su esófago. Su aorta. Y cayó tan abajo del miocardio que llegó a sentir los latidos de Elena como propios. Nunca había vivido tal confusión. Nunca. Ni cuando ganó su primera etapa, su primera vuelta. Ni cuando se enamoró a los 15 años. Ni al nacer su hijo. Nunca. Tal vez por eso la abrazó de dentro afuera con una violencia tan íntima que ella no tuvo más remedio que repelerla de una bofetada. En defensa propia, por supuesto.

—No quiero quererte.

—Yo sí. Eres una cobarde.

Como suele ser costumbre entre seres humanos, **se impuso el magnetismo de las impertinencias a la diplomacia del deseo**. Sólo que esta vez, a diferencia de lo habitual, el hecho de que se desvelaran recíprocamente sus miserias no terminó en gritos ni peleas, sino todo lo contrario: les produjo un efecto compasivo, casi analgésico. Digo casi porque la realidad es infinitamente más implacable que el diagnóstico del peor de los psiquiatras, y después de varias horas de terapia conjunta, entre palabras y besos, el destino les inyectó a los dos la suficiente dosis de tragedia como para quererse durante el resto de sus vidas sin pasar por el penoso trámite de la convivencia diaria. La cadena de acontecimientos comenzó con una morbosa pregunta de Eduardo:

—¿Me tienes miedo?

—No. Me temo a mí. Sentimentalmente hablando, soy una esquizofrénica. Una maníaca afectiva bipolar. Amo demasiado o no siento. Lo peor es que paso de un extremo a otro de la cuerda con la facilidad del campeón mundial de funambulismo. En medio, no sé estar. Me caigo. Si alcanzo la meta acompañada, me tiran al vacío. Y si regreso sola al punto de partida, se me quitan las ganas de cruzar de nuevo. Supongo que debo ser insoportable.

—Sí. Convivir contigo debe ser para Premio Nobel de la Paz, a juzgar por los gestos de tu amante. Llevo meses espiándote desde la parada del autobús. Y no hubo noche que no pasaras con él, que no terminase en paliza o gritándote que le dejaras en paz. Amar en exceso es una hipoteca insostenible, porque no todos tenemos la capacidad de devolver la cuarta parte de lo que das. Entonces, ¿para qué dar tanto? Tu problema es puramente cuantitativo. Yo, por ejemplo, prefiero tu ternura de psiquiatra a tu vocación de amante. Por la salud de ambos, no creas.

—Eres un arrogante fracasado.

—Lo sé.

—Pero desconoces la causa.